

En cuanto a los artículos-carta que *Fígaro* escribe, algunos de ellos, los más interesantes, son pura ficción, pura creación literaria. Otros, por el contrario, contestan al escrito de un corresponsal real<sup>15</sup>. Escobar<sup>16</sup> ha querido ver en estas cartas de *Fígaro* la influencia de Paul-Louis Courier (1772-1825), autor de una serie de panfletos mordaces y satíricos, contrarios a las guerras y consiguientes matanzas inútiles, a la tiranía política y a los abusos administrativos. Me detendré solamente en las cartas que nuestro *personaje-autor* envía a *Andrés Niporesas* —«*Fígaro* de vuelta», *El Español*, 5 de enero de 1836; «Buenas noches», *El Español*, 30 de enero de 1836, y «Dios nos asista», 3 de abril de 1836, no publicado en periódicos—y la que éste le contesta: «Ni por esas», fechada en París, 10 de mayo de 1836, aunque no aparecida en publicaciones periódicas.

*Fígaro* mantiene en esta correspondencia una línea estilística bastante diferente a la empleada por el *Bachiller* en el *Pobrecito Hablador*. No se observa en sus tres cartas la clave irónica que veíamos como algo compartido por *Juan Pérez de Munguía* y *Andrés Niporesas*. Las epístolas, aunque con ironías evidentes, son un ataque directo a la política mendizabalista, sin subterfugios de ninguna clase. No creo, por tanto, que pueda hablarse en este caso del «procedimiento cómico del mundo al revés», que Baquero Goyanes atribuye a las cartas de *Andrés* y el *Pobrecito Hablador*.

*Niporesas*, que no es escritor, es, sin embargo, un buen satírico. Su carta a *Fígaro* muestra sus habilidades en este terreno, pero cuando quiere expresar sus propios sentimientos, al margen de la ironía, no consigue un estilo propio y por ello se deja contagiar de las altisonancias literarias en boga. El texto, entonces, parodiando los dramas románticos, se llena de interrogaciones, exclamaciones, sensiblería exagerada, etc. (pp. 600-601).

*Fígaro* se sirve del artículo-carta por dos motivaciones fundamentales. Por un lado, al situarse en el juego ficcional por él construido, le sirve, como procedimiento distanciador, para eludir más fácilmente la censura. Pero, por otro, sus opiniones en contra de la gestión mendizabalista, aparecen así con un aire más personal, menos *ex cathedra* que el del artículo periodístico al uso. Lo cual no quiere decir en absoluto partidismo o falta de objetividad.

Pero hay más: toda esta vasta producción, diferente en técnica es-

---

<sup>15</sup> Son: «Carta de *Fígaro* a don Pedro Pascual de Oliver...», «Carta de *Fígaro* a un viajero inglés», «*Fígaro* al director de *El Español*», «*Fígaro* al director de *El Español* para deshacer varias equivocaciones», «*Fígaro* a los redactores del mundo», «*Fígaro* al estudiante» y «*Fígaro* a los redactores del mundo» (prácticamente todo el artículo es la reproducción de una carta firmada por el *Habanero*).

<sup>16</sup> Art. cit.

tructural y estilo de los varios *personajes-autores*, no sería más que distintas etapas en el desarrollo literario de Larra si no observásemos que entre ellos existen vidas diferentes que incluso se entrelazan, contenidos de sus artículos, intenciones e incluso presupuestos ideológicos diversos. Entramos, pues, por este camino en el terreno de los apócrifos. Entre el *Bachiller*, *Andrés Niporesas* y *Fígaro* llega a haber una coexistencia editorial y unas relaciones humanas. Ya he hablado de la correspondencia epistolar que *Juan Pérez de Munguía* y su buen amigo *Niporesas* mantienen a través del *Pobrecito Hablador*. *Fígaro* mientras escribe en la *Revista Española* convive editorialmente con éstos dos meses largos—exactamente, desde el 15 de enero de 1833 hasta el mes de marzo del mismo año—, hasta que en el último número del *Pobrecito Hablador* sabemos, por su escribano, que *Juan Pérez de Munguía* ha muerto.

Desde la perspectiva del presente artículo me parece fundamental el que *Andrés Niporesas* salga de nuevo a la luz tres años y un mes y medio después de su última noticia—«Muerte del *Pobrecito Hablador*»—, en carta enviada—«Ni por esas»—esta vez a *Fígaro* en contestación a las tres que él le había escrito. Pero no sólo eso; también el *Bachiller* aparece en la correspondencia de ambos. *Niporesas* vuelve a hablar de su muerte, la cual ya era conocida para los lectores, pero nos da una nota inédita: la amistad que le unía a *Fígaro*, quien a su vez también lo era del actual residente en París. Este le dice en una ocasión: «Tú, mejor que nadie, sabes quién era el *Pobrecito Hablador*» (página 559), para, en otra, referirse a «nuestro común amigo» (p. 605). Larra se esfuerza en cuidar todos los detalles y atar los cabos que pudiesen quedar sueltos: los tres *personajes-autores* son amigos, pero esto no puede sorprendernos, porque, si nos atenemos a la realidad, en efecto habían convivido editorialmente, como precisé más arriba.

Algo importante para la determinación de la existencia de apócrifos es la cuestión de los contenidos, intenciones literarias y presupuestos ideológicos. El *Duende* manifiesta su deseo de mantenerse al margen de la política y centrarse en el escenario concreto de Madrid para criticar sus usos y costumbres. Aunque la escasez del número de sus artículos nos da poco pie para descubrir su ideología, quizá podría atribuírsele la de un liberalismo con afanes críticos. Los artículos del *Bachiller*, tal como reza el subtítulo del *Pobrecito Hablador*, se plantean en el terreno de las costumbres. Pero esas costumbres, o más bien malas costumbres de la sociedad española, no sólo son expuestas, sino analizadas interpretativamente desde una actitud satírica. Muchos de los temas que va a tratar plantean críticamente los vicios del ciudadano batueco—grosaría, pereza, hipocresía, ignorancia, educación deficiente, patrioteris-

mo...—, que no son otros que ese «modo de ser supuestamente español (...) que se ha llamado el carácter nacional», como ha dicho Aranguren<sup>17</sup>. La intención de los escritos de *Juan Pérez de Munguía* es doble: divertir y corregir; doble afán que está explícitamente expuesto en «Dos palabras», donde considera «la sátira de los vicios, de las ridiculeces y de las cosas, útil, necesaria, y sobre todo muy divertida» (página 71). No hay duda que el *Pobrecito Hablador* intenta cultivar el mismo género que Jouy y que sus imitadores de las *Cartas Españolas*, donde colaboraban, entre otros, Mesonero Romanos y Estébanez Calderón. Por ello adopta su fórmula: *moeurs locales*, en Jouy; *usos y costumbres*, en los redactores españoles, concretamente en el *Curioso Parlante*, como ha escrito Montesinos<sup>18</sup>. Pero esa fórmula no le basta: su intención crítica rebosa el molde costumbrista. Por eso rechaza lo que éste tenía de superficial, pintoresco e insustancial para convertirlo en un costumbrismo activo de base ética, que realmente en sus manos es un dardo reformista concebido para operar un cambio en el hombre y la sociedad, poniendo de manifiesto, al igual que Feijoo, Cadalso, Jovellanos y, posteriormente, los hombres del 98, la decadencia de España.

El *Bachiller*, con la divisa de «reirnos de lo ridículo», el objeto de «ser leídos» y, utilizando un medio de auténtico profesional del periodismo: «decir la verdad», escribe sus artículos desde una esperanzada actitud reformista muy ligada, ideológicamente, a la Ilustración. Las bases de la Reforma, «grandes y sólidas bases sobre las que se ha de levantar el edificio» (p. 93 son: educación e instrucción, entendidas como urbanidad, cultura, preparación y respeto al prójimo. Esta Reforma no ha de ser violenta ni demasiado rápida, sino gradual, para que sea segura—«subir la escalera a tramos: subámosla tranquilos, escalón por escalón, si queremos llegar arriba», p. 93—, y ha de ayudarse de una serie de ingredientes—«religión verdadera, bien entendida, virtudes, energía, amor al orden, aplicación a lo útil...», p. 93) que nos hablan de su talante moderado.

*Juan Pérez de Munguía* se nos presenta como la aplicación más clara del costumbrismo responsable dirigido hacia la superación de los males de la sociedad en general—para él, la de las Batuecas—, pero con un escaso trasfondo político. Frente a él, *Andrés Niporesas* es la otra cara de la moneda: en sus cartas muestra su absoluto nihilismo. Nihilismo que no es gratuito, ya que nace del agotamiento de la capacidad de crear. Las Batuecas no tienen salvación alguna, por eso no duda en afirmar: «la semilla ha de caer en buena tierra, y si no, no

<sup>17</sup> «Larra», en *Estudios Literarios*, Gredos, col. Biblioteca Románica Hispánica, Madrid, 1976, página 157.

<sup>18</sup> *Costumbrismo y novela*, Castalia, Madrid, 1972, págs. 48-49.

echarla» (p. 113). *Andrés Niporesas*, decididamente pesimista, consciente como el *Bachiller* de las lacras hispanas, no intenta, sin embargo, reformar nada. Su escepticismo ante el problema es tal que incluso toma actitudes cínicas: «cuando las cosas no tienen remedio, la habilidad consiste en convertirlas como son en provecho de uno» (p. 146).

En «Mi nombre y mis propósitos», *Fígaro*, ya desde el título, anuncia sus intenciones. En primer lugar señala: «el teatro será uno de mis objetos principales» (p. 655). Por tanto, nace como crítico teatral; sin embargo, como añade, no va a circunscribirse exclusivamente a ese objetivo, porque no quiere ponerse límites tajantes, aunque sólo los sobrepasará de vez en cuando. Pero muestra también, ironías aparte, una intención de escribir sobre política (véase pp. 657-658). Nada dice acerca de los usos y las costumbres, pero bien podrían estar encerrados de forma implícita en esas «demás cosas» o «todas las materias» a las que alude. Por todo ello, los propósitos de *Fígaro* son bien distintos a los del *Duende* y a los del *Bachiller*. Propósitos que se cumplen en la realidad, ya que antes de acometer el tema costumbrista y el propiamente político escribe una serie de artículos literario-teatrales amén de unos cuantos dedicados a la crítica de conciertos que aparecen con anterioridad a su primera manifestación claramente diferente: «En este país» (30 de abril de 1833).

Muy diversos son los temas que nuestro *personaje-autor* aborda en sus escritos. En una primera aproximación se podría calificar a estos artículos de costumbristas y políticos. Sin embargo, los primeros no alcanzan una exposición «pura», ni en estructura ni en contenido, ya que existe en casi todos ellos un muy relevante trasfondo político, además de la subyacencia del tema de España como problema; tanto, que más que costumbristas llegan a configurarse como sociopolíticos. Pero escribe otros, concretamente «Los barateros» y «Un reo de muerte», donde las costumbres o hábitos nacionales se deben a un influjo directo de la política imperante. Por tanto, no puede extrañarnos que inaugure con uno de ellos el apartado «Costumbres políticas», distinto al habitual «Costumbres» o «Variedades críticas».

Los artículos eminentemente políticos se centran en dos temas fundamentales: el carlismo y Martínez de la Rosa, con su política del *justo medio* expuesta en su famoso *Estatuto Real* (*Gaceta de Madrid*, 16 de abril de 1834). Con respecto al primero, *Fígaro* lo ataca insistentemente desde octubre de 1833 hasta el verano de 1834. En cuanto al segundo, las críticas subrayan la inadaptación del programa del primer ministro a las circunstancias del momento. De hecho, en conjunto, era un evidente paso atrás con respecto a la *Constitución de 1812*. La libertad de acción de los diputados, que ni siquiera eran verdaderos representantes del